LA ESTRELLA

REVISTA MENSUAL INTERNACIONAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

EN ESPAÑA: Un semestre................ 3 ptas.
Un año...................... 6 »

EN MÉXICO: Un trimestre............ $ 0.75
Un semestre............ » 1,50
Un año................. » 3,00

Para los demás países, el precio será de un dollar cincuenta centavos, y sólo se servirán suscripciones anuales

= NÚMERO SUELTO, 60 CTS. =

Año II. • Número 4 — Mes de abril de 1929

SUMARIO

OTRA. Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, D. F., con fecha 10 de Agosto de 1928.

La correspondencia a la Editora de esta Revista doña Guadalupe G. de Joseph, Sierpes, 78, SEVILLA

Todo envío de dinero al Tesorero don Máximo Maestre, Cava Alta, 11 bajo, MADRID

8

SECCIÓN INTERNACIONAL

I

Yo no tengo nombre; soy como la fresca brisa de las montañas.

Yo no tengo albergue; soy como las aguas vagabundas.

No tengo santuario, como lo tienen los dioses tenebrosos. No tengo libros sagrados, ni me han madurado las tradiciones.

No me hallaréis en el incienso que sube de los altares. No estoy en la pompa de las grandes ceremonias; no existo en las imágenes esculpidas; ni tampoco podéis encontrarme en el canto preciado de la voz melodiosa.

* *

No me atan las teorías; no me han corrompido las creencias.

Las religiones no me mantienen en esclavitud, ni me sujeta la doliente agonía de sus sacerdotes. No estoy cogido en la trampa de las filosofías, ni me aprisiona el poder de las sectas.

* *

Yo ni estoy elevado ni estoy sumergido, ni soy suave ni soy grosero. Ni soy el que adora, ni la causa soy de la adoración.

Yo soy libre.

* *

Mi canción es como el canto del río, que clama por los mares inmensos, y en pos de ellos, va siempre vagando, vagando.....

YO SOY LA VIDA.

II

Como nace de la honda matriz de la montaña la corriente veloz, tal ha brotado de las dolientes profundidades de mi corazón el amor lleno de gozo. El amor que es la unión eterna con el amor cambiante. El amor que es el perfume del mundo.

Cual por los valles soleados las aguas se precipitan desbordando un lago y otro lago, eternamente inquietas, sin parar jamás, así mi amor va llenando corazón tras corazón.

Como se hace impuro el montañero arroyo cuando pasa por la morada de los hombres, mi amor se ha profanado yendo de mano en mano; se ha corrompido en la confusión de los amores.

Las aguas se deslizan tristemente llenando las cavernas de los valles obscuros; también mi amor tristemente ha influído sobre la vergüenza de los fáciles deseos.

Los árboles potentes son arrancados por el torrente de las aguas, que en otro tiempo dió fuerza a sus hondas raíces. También mi amor ha roto con crueldad el corazón de sus viejos regocijos.

He destrozado la misma roca sobre la que he crecido.

Cual se escapa hacia los mares el ancho río, que parece inmóvil, el que no conoce dique para su caudal, así va mi amor en la perfección de su libertad.

Yo estoy unido por la eternidad con el cambiante amor..... Con el amor que es el perfume del mundo.

La Fuente de Sabiduría

Por J. KRISNHAMURTI

Esta hermosísima obra del Sr. J. Krishnamurti, que empezamos a publicar en este número, dará a nuestros lectores noción clara de lo que son las charlas que él da en la hora apacible del crepúsculo a los congresistas que tranquilamente se alinean en torno del fuego en los campamentos de Holanda.

El Trust Editorial de Ommen nos ha hecho la especial concesión de publicarla y el Sr. D. Ramón Maynadé, galantemente ha accedido a que la demos a conocer al público aun antes de que él la edite en castellano, según se propone hacerlo de acuerdo con su exclusiva concesión.

Tanto al Trust Editorial como al Sr. Maynadé, agradecemos esta grande oportunidad de servir a nuestros lectores.

PRÓLOGO

Estas seis conversaciones fueron dadas en tardes sucesivas alrededor de la hoguera del Campamento en el transcurso del Congreso de la Orden de la Estrella de Oriente, que tuvo lugar en 1926, en Eerde, Ommen, Holanda.

Se reunieron en este Congreso dos mil miembros procedentes de todas partes del mundo.

El momento culminante de las reuniones de cada día tenía lugar al caer la tarde, en derredor de la hoguera del Campamento. Al atardecer de cada día, Krishnoji encendía el fuego; al ascender las llamas juguetonas en aquel ambiente que se oscurecía con rapidez, él cantaba en bello y sonoro sánscrito el antiguo himno védico a Agni, gran Dios o Angel del fuego.

Cada tarde, después de encender la hoguera, Krishnaji hablaba durante treinta minutos. Esas conversaciones se publican hoy en este libro.

ANNIE BESANT

I

¿Qué es el Reino de la Felicidad, en dónde está y cómo podremos alcanzarlo? ¿Qué significa y en qué forma podremos conquistarlo? ¿Con qué pensamientos y con qué sentimientos, por medio de qué represiones, de qué constantes esfuerzos obtendremos esa perfección de eterna felicidad y podremos entrar en ese jardín en que hay muchas sombras que llenan de paz, donde hay belleza, tranquilidad y destrucción del yo separado?

Yo quiero desde el principio deciros que hablo con toda humildad, aun cuando pueda suceder que use de frases fuertes, que no deseo que obedezcáis ciegamente o escuchéis sin pensar; que hablo con toda la sinceridad que siento, y que vosotros debéis oír con la misma disposición de ánimo si deseáis entender con claridad.

Es como si dijéramos que yo miro el mismo cielo que véis vosotros a través de una abertura más grande que la vuestra. Tal vez estáis vosotros contemplando a través de una abertura más pequeña y por eso percibís sólo una parte del firmamento, y yo, quizá, mirando por una ventana más grande, puedo contemplar toda la hermosura de ese cielo. Con todo cariño, lleno de sinceridad, yo os invito a mi ventana y os pido que abandonéis vuestras pequeñas aberturas y vengáis a mirar por una mayor, para que contempléis un panorama mucho más hermoso. Os hablo con ese espíritu solamente.

Yo os pediría que no miráseis el asunto emocional ni sentimentalmente, ni tampoco hipnotizados por la palabra, sino que lo contempláseis con vuestras propias mentes, sin dejaros extraviar por el entusiasmo de las masas ni comportaros como unos de tantos, sino que hagáis uso de vuestras propias mentes con independencia, y así resolváis el problema por vosotros mismos. En donde hay muchedumbres congregadas encontramos que los individuos que las forman piensan de la misma manera, y si sus sentimientos son excitados, posiblemente pueden ser guiados a lo largo de cualquiera línea de conducta que haya sido indicada por el orador que usa de la palabra. Vosotros os causaríais un gran daño, una gran injusticia si tal hiciérais. Si vosotros os dejáis influir por las masas, os incapacitaréis para entender aún cosas muy simples.

La mente es el verdadero director, el verdadero auxiliador; pero también llega a constituirse en el destructor si de ella hacemos mal uso. Propiamente usada, será para la mayoría de nosotros la fuerza que nos guíe, y aunque no seamos gi-

gantes intelectuales, tenemos la suficiente inteligencia, percepción suficiente y poder para estimar las cosas debidamente. Cuando usáis vuestra mente en esta forma os respalda un auxiliador formidable, un poder enorme para construir, para crear. Nos da poder para dirigir, para dominar, como lo hacen las riendas de un corcel en carrera tendida; y por esta razón debéis vosotros usar de vuestras mentes para comprender lo que deseo exponeros y no dejaros llevar por la emoción solamente.

También es la mente quien despierta en nosotros la debida ambición. La mayoría de nosotros carece de ambición y cree que ella es mala, antiespiritual. Yo os digo que no es así si la usamos debida y correctamente. Si usáis vuestra mente para que os empuje hacia vuestro objetivo por el recto sendero y en la debida dirección, entonces esa ambición vale la pena de poseerse, y a eso me refiero cuando digo que todos debemos cultivarla. La ambición correcta da poder, vitalidad y da aquel ejercicio que es esencial para el progreso. La ambición egoísta, que desea dominar, que desea brillar, que es mezquina, es ambición equivocada. Pero la ambición que os impulsa a trabajar con altruísmo, qne os capacita para ayudar, que os da la voluntad, la determinación de soportarlo todo, es digna de poseerse. Una ambición tal es necesaria para crecer. Es la mayor fuerza que hay en cada uno de nosotros, la creadora de energía. Tal ambición, que no es egoísta, es espiritual.

El comprender da un poder, un sentido de tremenda vitalidad. Es siempre necesario, esencial e importante comprender y no meramente sentir. Debéis emplear vuestra inteligencia desde el mismo comienzo, desde el primer peldaño de la escala, desde las cuestas más bajas de esa montaña que vamos todos a escalar.

Mi ambición es obtener el Reino de la Felicidad, el Reino que debe ser conquistado por cada uno de nosotros, que debe ser parte nuestra, en el cual viviremos eternamente. No se encontrará en ningún país determinado o a lo largo de las costas, o en un recóndito lugar lejos del hombre, o en una bella y serena tarde. Como las generaciones de la antigüedad, que hacían expediciones para encontrar riquezas, vosotros debéis aventuraros en busca de esta felicidad.

Debéis poner vuestra mente y vuestro corazón para descubrir ese jardín oculto, ese Reino de Felicidad que está detro de cada uno de nosotros. No es un reino que está lejano, ni un hogar que debemos ir a buscar a los confines de la tierra. Debéis encontrar todas las llaves que abren las puertas del Cielo, todos los jardines del éxtasis. Y esa llave es vuestra propia voz interna; esa llave es vuestra intuición, y con ella podréis penetrar y vivir eternamente en aquel jardín. Si vosotros tenéis esa Voz, clara, perfecta y bien educada—la Voz que nace de muchas experiencias, sufrimientos, éxtasis, placeres y dolores—, si poseéis esa Voz perfeccionada y cultivada, y si ella constituye vuestro único tirano, al cual obedecéis, entonces ese Reino de Felicidad estará al alcance de cada uno de vosotros.

Así como el río serpentea en su curso hacia el mar, cada roca extrayéndole armonía, cada guijarro un nuevo canto, encontrando a cada vuelta de la orilla un nuevo gozo y en cada salto un rugido; así como el río en su carrera hacia el mar, teniendo sus alegrías en el camino, tiene sólo una mira, sólo un propósito, y aunque orillando los obstáculos busca siempre con ardor la ruta más corta que conduce hacia el océano, a ese océano infinito en donde la individualidad no existe, como tampoco existe el sentimiento de separación, ni de soledad o abandono. Hasta que entre en el mar no será sino una corriente individual, con sus propias alegrías, dificultades y cantinelas. Así como el río, deberíais ser vosotros.

Así como el rugido formidable de un gran río es excitante, bello y magnífico, así es la Voz de quien lucha para alcanzar aquel mar infinito, el Nirvana, el Moksha, el Cielo, en donde no existe el yo separado. Aunque tengáis muchas experiencias en vuestra marcha hacia la mar, porque debéis tenerlas vosotros como el río, debéis mantener un solo pensamiento, un solo propósito, una sola determinación: llegar al vasto océano.

Así, cada uno de nosotros debe buscar, debe marchar alegremente por la vida, experimentar éxtasis sublimes, grandes sufrimientos y penas y también grandes placeres; y cuanto más grandes e intensos sean, tanto más pronto llegaremos a aquel estado de Nirvana, a aquella absoluta unidad de la vida.

Una vez que hayáis bebido en la fuente del conocimiento, de la sabiduría que es felicidad, ninguna otra cosa podrá satisfaceros jamás en el mundo. Todo el que batalla, el que vive, el que marcha alegre por la vida, tiene como recompensa esa felicidad. Pero quienquiera que busque esa felicidad debe prestar obediencia a aquella Voz,

cuyo dominio, poder y autoridad sólo él puede reconocer.

Por largos años yo he buscado esa felicidad, he caminado errante por muchos países, he leído muchos libros, y tal vez he sufrido un poco; pero siempre he deseado aquella Visión, aquella Felicidad que ningún placer de esta tierra puede darnos jamás. Y hace pocos meses la he encontrado, hace pocos meses que vivo en aquel Reino y él ha llegado a ser una realidad para mí.

Por eso yo deseo que vosotros aspiréis ese aire perfumado, ese aire divino, ese bálsamo de perfección. Yo os suplico que vengáis conmigo y os haré gozar y regocijaros bajo las sombras de aquel jardín, y después no importa lo que seáis: ya seáis Sannyasis, viviendo fuera del mundo, o viváis entre riquezas y en palacios. Porque entonces os habréis desprendido de todo cuanto existe, pero conservando al mismo tiempo un interés hacia todo.

Por ese motivo es importante, esencial, que comprendáis con vuestras propias mentes. Es tan fácil llorar, lamentarse, sentirse emocionado por estas cosas; pero si llegáis a comprender con vuestras propias mentes, entonces recibiréis la fuerza que os guiará. Vosotros sois el Absoluto, sois el Sendero, estáis en cada uno de los árboles del jardín, en cada planta, en cada criatura.

Si vosotros comprendiérais obedeceríais únicamente a la Voz interna que cada cual tiene consigo. Si viéseis la Visión, obedeceríais absoluta y completamente a aquella Voz. Pero debéis tener cuidado de que aquella Voz sea la verdadera Voz que se ha purificado y ennoblecido a través de grandes experiencias, aflicciones, sufrimientos y placeres. Esa Voz tendrá tal poder, tal dominio y autoridad sobre vosotros, que no podréis menos que obedecer a sus mandatos. Y entraréis después en aquel jardín, en aquel Reino de la Felicidad, y habiendo experimentado sus delicias y mirado la visión interna, no habrá nada que os mantenga sujetos a la tierra, porque habréis llegado al origen de la eterna Felicidad.

Yo os ruego a todos que vengáis a conocer mi Felicidad; que vengáis conmigo a aquel jardín, para que os muestre aquella visión, para que os enseñe su gloria y perfección. Y una vez que hayáis caminado en ese jardín, encontraréis el poder y la autoridad para conducir a otros hacia él.

Entonces, no solamente recibiréis, sino que obtendréis también el poder de dar.

II

Toda la gente sagaz, toda la gente que busca la obtención del conocimiento, debe observar a su derredor y contemplar después. Todas las cosas, ya sea que vivan o no, son transitorias. Nada es duradero, nada es permanente. Hay nacimiento y hay muerte; hay apresuramiento y choques; hay una pena que pasa y una alegría que se desvanece; hay ansias, deseos no satisfechos, deseos que jamás se realizarán; en fin, hay un inmenso océano de ilusiones. Afectos y amor se marchitan como la flor delicada en valle oculto; hay regocijo en los nacimientos y dolor en la muerte. Un día de gloria, es una nube que pasa. Todas las cosas, vivientes o no, están sujetas a decaer y perecer; todas llegan a la tumba y después al polvo.

Doquiera miremos, encontramos este caos, esta vasta zozobra, este algo que no puede satisfacerse. Y la mente contemplativa que busca la razón de las cosas, debe preguntar, debe interrogar, debe escudriñar con el objeto de cerciorarse si hay algo duradero, alguna cosa permanente, algo que resista, algún lugar de reposo.

¿No existe alguna morada en que podamos estar libres de deseos, de esos deseos que no tienen satisfacción posible, en donde la mente pueda estar tranquila, en paz y serena? ¿No hay una Eternidad en que nada cambie, nada decaiga, en que nada se marchite? La mente sabia contempla, mira, observa cómo todo pasa y se pregunta luego: ¿No hay algo en el mundo que perdure, algo que sea eterno?

Los que no han encontrado aquella eternidad no pueden contestar; y, los que la han encontrado, pueden hacerlo pero vagamente, porque cada cual encontrará lo que busca de acuerdo con su evolución, de acuerdo con el estado de su pensamiento y su sentir. Pero todos podemos obtener la misma visión, contemplar idéntica belleza, aun cuando nuestros labios, al traducirlo en palabras, trasmitan significados diferentes.

Aquellos que son sabios, aquellos cargados de edad, no necesariamente del cuerpo, sino de la edad que llega a lo largo de la experiencia, después de muchos sufrimientos, muchos dolores, muchos placeres y muchos éxtasis, aquéllos podrán decir, si han tenido alguna vez la visión, que hay una eternidad que está fuera de toda posibilidad de duda.

Entonces, ¿cuál es esta visión? Es la Verdad.

La Verdad es permanente, infinita. No tiene principio ni fin, no cambia y es inmortal. Y cuando preguntéis: ¿En dónde mora, en dónde podremos encontrarla? Yo os diré: La podréis encontrar solamente en aquel Reino de la Felicidad.

Y si deseáis encontrarla, debéis aplicaros con vuestra mente y vuestro corazón a saber, a buscar, a escudriñar, hasta que encontréis aquella Fuente del Cielo que es Sabiduría, que es la Verdad. Porque allí, en ese Reino, en el Santo de los Santos, es donde deberéis aprender, deberéis experimentar, deberéis crecer mental y emocionalmente para encontrar aquella imagen que es la encarnación, que es el cuerpo de la Verdad Eterna. Y como toda gente que no está satisfecha en este mundo de glorias que pasan y que éste puede dar, ni con las lisonjas de los amigos, deberéis buscar, hacer a un lado la maleza del bosque, si deseáis contemplar las claras nubes del firmamento. Debéis cortar todas las ramas muertas de la vida, antes de que podáis ver las estrellas que os guiarán fuera del bosque de las cosas pasajeras.

De esa manera deberéis buscar. De esa manera busqué yo. Ví mi eternidad, el origen de todas las cosas, la belleza, la perfección y la alegría de todas las cosas. Yo experimenté la inmortalidad. Lo que ví sólo puede ser descrito bajo mi especial punto de vista, sólo puede darse en palabras cuyo significado puede aparecer exiguo. Pero cuando lo hayáis deseado y os llegue, cuando lo hayáis visto por vosotros mismos, cuando llegue a constituir el verdadero aliento de vuestra vida, entonces entenderéis y entonces sabréis que habéis bebido de la Inmortalidad, que habéis visto lo permanente, lo duradero, lo invariable.

No hay nada en el mundo que pueda satisfacernos, que pueda colmar nuestros deseos, excepto aquella inmortalidad, el hallazgo de la verdad. Pero quien desee encontrar aquella Fuente de Sabiduría, Reino de la Felicidad en donde la verdad mora, debe primero aprender a destruir su yo. Debe aprender a apreciar y sentir la grandeza de la verdadera amistad, la amistad que se experimenta cuando nos sentimos uno con todas las cosas; cuando no considere su existencia aparte de la de los demás; cuando, en cuanto le rodea, a través de lo transitorio, ve lo eterno; cuando cada palabra, cada persona, cada nube pasajera y todas las cosas de la tierra, le impartan un nuevo significado, le dejen oír una nueva melodía, un placer diferente y una diferente felicidad. Entonces podrá penetrar en aquel Reino de la Felicidad, en donde existe el frescor de muchas brisas.

Porque la personalidad y la verdad no pueden convivir. El sendero del yo conduce al dolor, al sufrimiento y a todos aquellos placeres inconstantes a que llamamos vida y que tomamos como cosas reales y permanentes. Pero la verdad conduce al Reino de la Felicidad, porque allí hay olvido de la personalidad, aquella unidad de vida a la vez mental y emocional, que os hace sentir y pensar que sois parte de todo el mundo, ya sea móvil o inmóvil, activo o inactivo.

Pero aquel que quiera caminar al Reino de la Felicidad, si desea ser grande, debe aprender a sacrificar el yo, por difícil o imposible que le sea por el momento, o que le llene de fastidio o le cause dolor. Él debe sacrificarlo para ganar y ser apto para dar mayores placeres, mayores felicidades, éxtasis mayores y mayores glorias de carácter duradero.

Puesto que ha sido mi sueño, puesto que ha sido mi felicidad, puesto que ha sido mi deleite ver aquel Reino de la Felicidad, respirar aquellos aires perfumados, penetremos en él juntos, veámoslo juntos y juntos explorémoslo.

Antes de que podáis verlo con mis ojos, antes de que podáis pensar en él por medio de mi mente, antes de que podáis sentirlo a través de mi corazón, debéis haber adquirido la capacidad, la fortaleza para destrozar todo prejuicio. Porque lo que percibiremos, será la esencia de la inteligencia, la esencia del pensamiento, la esencia de toda emoción, la esencia de la devoción, la esencia del amor. Y aquellos que están limitados por prejuicios, cogidos entre redes, no pueden verlo en toda su belleza, en toda su grandiosidad, en toda su nobleza. Porque los prejuicios desvían la visión, así como el cristal de color empaña en el mundo la luz del sol.

Por esta razón, aquellos de entre vosotros que deseéis verlo como se debe, que deseéis verlo tal cual es, debéis acercaros libremente y con valor, llenos de regocijo y perfecto dominio. Pero debéis haber obedecido aquella Voz interna para llegar a aquella altura, y haber por el momento demolido todos los muros de vuestros prejuicios, todos los moldes angostos que os oprimen, y después de hacerlo así, examinémoslo, no sólo con nuestros corazones, sino también con nuestras mentes.

Cuando miréis una estatua, perfección del humano arte, o una bella visión a la luz del sol de la

tarde, de la cumbre de la montaña, o el reflejo en el ala de un ave de pujante vuelo en las alturas, o una flor preciosa en el campo, o un corpulento árbol solitario, cuando hayáis visto estas glorias físicas, y podáis retener esa visión y guardárosla para hacer uso de ella en aquellos momentos en que os encontréis envueltos en emociones tumultuosas, ya depresivas, ya de éxtasis profundo, y pueda daros felicidad, satisfaciendo vuestras pasajeras perturbaciones con su apariencia física de belleza, de divinidad y de placer, señal es de que vuestra mente y vuestro corazón pueden reaccionar hacia aquello que cada uno de nosotros ansía, que cada uno de nosotros pide.

Así con la visión de la eternidad, de esta verdad. Debéis vivir con ella. En cada momento que no estéis ocupados en lo fugaz, que no estéis gozando de lo pasajero, en ese instante deberéis morar con aquella hermosura, tomarla y guardarla como una preciosa joya. Si vosotros habéis contemplado la visión ordinaria, física de la belleza, os sucederá con frecuencia que acude a vuestra mente en las circunstancias difíciles. Sólo es de mentes raquíticas y corazones débiles el olvidarse pronto de la hermosura de las cosas y así, eventualmente olvidan la belleza que perdura y la felicidad que es permanente.

Si somos sabios, si tenemos un corazón libre de prejuicios y una mente pura, entonces la visión física de la gran belleza permanecerá con nosotros. Podréis retrotraeros a ella siempre, convivir con ella y olvidaros del mundo externo. Podréis siempre respirar aquel aire productor de éxtasis. De igual manera, una vez que hayáis visto este Reino de la Felicidad, este jardín de variadas rosas, esta morada de éxtasis e inmortalidad, una vez que la hayáis abarcado con una mente pura y un corazón limpio, entonces podréis siempre vivir en aquel Reino. Y después de esa realidad, podréis volver a errar en lo ilusorio, ir de lo real a lo ilusorio; mientras que la mayor parte de nosotros vive en lo ilusorio y rara vez transita por lo real.

Siempre tomamos las cosas que pasan como la realidad; y, por esta razón, aquella visión de grandeza, aquella visión de nobleza, es rara, porque estamos circundados, dominados, por las cosas pasajeras. Por esto es mucho más difícil para una mente y para un corazón que no están en paz, que no están tranquilos, que siempre están agitados, retener aquella visión que se ha visto una vez, que cada uno de nosotros ha visto, puesto que tenerla no es la excepción.

Cada uno de nosotros ha visto la belleza de una puesta de sol, de un árbol, del raudo vuelo de un ave en un cielo despejado. Allí está la realidad, si miráseis la Felicidad a través de lo ilusorio, si miráseis la Verdad que es transcendente. Pero deberíais tener ojos, ojos largo tiempo acostumbrados a la visión de lo bello, que sean capaces de grandes exploraciones, capaces de retener lo que hayan visto, aún en medio de cualquiera dificultad, de cualquier dolor, de cualquiera pena.

Una vez que hayáis entrado en aquel Santo de los Santos que es la Verdad, no hay motivo para que la perdáis de nuevo, porque habréis llegado a ser parte de la eternidad. Entonces ninguna mundana gloria, amigos personales, amores que pasan, ni ninguna de esas cosas tienen importancia; porque entonces perteneceréis a aquella eternidad, habréis bebido en aquella Fuente Celestial que es sabiduría.

Una vez que hayáis penetrado en ella, podréis siempre retornar al mundo y mirar sus cosas pasajeras. Sólo entonces podréis dar felicidad y simpatía. Y sólo entonces podréis también dar de aquellas realidades que perduran.

Deberíais penetrar con vuestro propio asentimiento en aquel Reino, en aquel jardín, en aquella morada de la verdad, que es felicidad. Con vuestra propia fortaleza, vuestro propio deseo, vuestra grandeza propia, deberíais crear esta otra grandeza que es perdurable. Con vuestra propia perfección, vuestro propio genio, deberéis crear esta inmortalidad. Porque lo que yo creara, o cualquiera otro creara, será sólo lo pasajero; pero lo que creáreis vosotros a lo largo de la propia experiencia, será duradero, será permanente.

Cuando entréis en aquel Reino, entonces principiaréis a comprender que la personalidad engendradora de dolores, penas y violentos placeres físicos, no ejerce poder sobre vosotros, no os doblega, porque su fuerza y dominio se han debilitado.

A medida que os desarrolléis dentro de aquella perfección y conforme entréis en aquel Santo de los Santos, en donde la verdad mora, más y más dejaréis de existir como un ser separado. Esto constituye la única verdad, la única espiritualidad, la única felicidad, que el ser humano puede encontrar.

(Se continuará.)

Lo primordial en el teatro

POR CLAUDIO BRAGDON

Últimamente ha surgido una profesión nueva, la del «artista en el teatro». Éste es más que un director de arte, pues es el creador de toda la *mise en scéne;* el da, por decirlo así, a la escena su cuerpo físico; es decir, diseña el lugar de la acción, trajes y accesorios apropiados, determina la iluminación y es responsable por todo aquello que ha de herir la vista. Aunque su profesión es nueva en un sentido, parece haber existido ya desde los tiempos de Shakespeare, siendo sus deberes y condiciones diferentes del llamado maestro director, según puede juzgarse por las siguientes líneas escritas en tiempo de la reina Isabel, y que cita Thorondyke en su obra *El Teatro de Shakespeare:*

«La actividad principal de este empleo descansa, principalmente, sobre tres puntos: la manufactura de los trajes, la de los tocados y la pintura. El conocimiento de la profesión demanda habilidad e ingenio para comprender las historias y para juzgar las comedias, tragedias y sainetes, teniendo en cuenta la perspectiva y la arquitectura, así como nociones de geometría y otras cosas.»

La actuación de este funcionario ha conducido, naturalmente, a una buena cantidad de discusión y experimentación, oposición y recomendación, cosas que nunca perturbaron las quietas operaciones de la antigua y honrada maquinaria teatral de tiempos pasados, antes de que el brillante e iconoclasta Gordon Craig pusiera en juego su metafísica palanca. Desde entonces ha habido una grande confusión de ideas sobre todo el asunto, trayendo como resultado una gran confusión de ideales de parte de los jóvenes invasores de un templo que cada uno de ellos quería hacer suyo.

Pero esos ideales y experiencias deben ser, después de todo, antagónicos al establecimiento de un nuevo equilibrio del que pueda surgir alguna cosa de valor positivo para el teatro. Esta es, cuando menos, la fundamentada esperanza de todos los trabajadores sinceros y juiciosos en estos campos.

Pero para escaparse del círculo vicioso de la moda pasajera (cada nueva moda borra a la anterior, siendo a su vez borrada por la que le sigue, como la señal de las olas sobre la arena) todo esfuerzo, ya sea constructivo o destructor, debe estar relacionado con algún cuerpo de ideas o filosofía, capaz de resistir los ataques del tiempo y con relación al cual pueda haber un acuerdo común, hasta entre los acres y batalladores postuladores de *esto* contra *aquello.*

Si el que firma el presente artículo no tuviera la creencia de que existe semejante cuerpo de ideas y de que una bella necesidad gobierna esta particular actividad humana de la misma manera que gobierna otras cuya intensidad es más reconocida y sentida, preferiría jugar a la ruleta antes que trabajar por el teatro, rindiendo culto, no al dios del orden, sino al del azar. El propósito de este ensayo es el de establecer lo que el autor cree que es fundamental en este campo.

Pero para evitar la mala interpretación es necesario primeramente definir este teatro de que hablamos, porque existe, no sólo el permanente y efímero teatro de la clasificación de Gordon Craig, sino que existen todas las diversas ideas que acerca del teatro sostienen los individuos que ha indicado bien la observación de un reportero de Nueva York hecha a Copeau al terminar una de sus lecturas. «Creía venir a oír hablar algo acerca del teatro, pero solamente he oído hablar acerca del Ejército de Salvación». En la ciudad de Nueva York, actualmente el teatro es un negocio organizado y administrado como una corporación de compra-venta de inmuebles. Es una organización que ofrece, como un almacén, gran variedad de mercancías, ya sean de estilo pornográfico, cómico, de cámara letárgica para la men-

te, de profilaxis emocional y otras muchas cosas además; pero, con excepción de ciertos sitios y de determinados momentos, no es teatro en el verdadero sentido. Para no prolongar este preámbulo, definiremos el teatro como el hogar del drama, y pasaré adelante con esto solamente: lo que el teatro puede llegar a ser. En esta definición no está considerado lo que el teatro puede llegar a ser ni esto entra en la discusión, porque debemos empezar por lo conocido. Es bien concebible que el teatro pueda convertirse en algo muy diferente del hogar del drama, en el estricto sentido de la palabra; que pueda emplear al actor en otras atribuciones y hasta llegarlo a eliminar por completo; que pueda pasarse sin la *mise en scéne* tal como ahora entendemos todo esto, y que llegue a rechazar todas las fórmulas menos vivas y flexibles que la vida misma. Mas para el presente propósito tales vuelos de la imaginación no tienen utilidad; para trazar los fundamentos no debemos pensar en la *flecha*. Ahora nos ocuparemos del teatro como el hogar del drama.

Por los términos de nuestra definición, el teatro es justamente ahora esta casa sin habitantes, y en los intereses de la verdad debería leerse en la muestra: «Casa vacía». Pero el estado del drama, aunque profundamente se relaciona con el «artista en el teatro», no está después de todo en su departamento, y no hay necesidad de tratarlo aquí. Debe asumir la existencia del drama, y sus problemas se convierten en cuál es la forma de expresar mejor el contenido, es decir, cómo hacer que la producción exteriorice todos los valores de la obra de manera más móvil y verdadera. Esta es la función esencial del «artista en el teatro», y esto no es asunto que pueda argumentarse o discutirse. Seguramente que se convierte en el servidor del dramaturgo y el servidor del actor, si es que aceptamos la afirmación de Stanislavsky de que «El único rey y gobernador de la escena es el actor de talento». Pero esta idea será fastidiosa solamente para el egoísta que pretende tener siempre los mejores puestos en la fiesta; no servirá de mortificación al verdadero artista, quien conoce que «todo servicio significa lo mismo ante Dios», y el que está contento con ser un servidor más en la casa en la que todos son servidores. Lo son el dramaturgo y el actor en la misma medida que lo son el más humilde conserje que cierra las puertas y limpia el escenario.

Es saludable para el «artista en el teatro» el darse cuenta de la subordinación de su función, y esta comprensión en manera alguna debe desconcertarle, porque en cualquier trabajo de arte que pretenda adquirir la *unidad*, todos los factores y funciones son igualmente importantes. Copeau dijo la palabra definitiva haciendo el resumen en un debate improvisado sobre la importancia de la *mise en scéne* al declarar que lo de verdadera importancia era que cada uno de los que intervinieran cumpliera su cometido perfectamente.

Que se dé, pues, cuenta este artista de que todo es *necesario* para la producción del drama y de que los dos más grandes «teatrólogos» vivientes, Copeau y Stanislavsky, han demostrado una creciente disposición basada en una también creciente convicción de depender más y más del actor y menos y menos de la *mise en scéne*. Este es, también, el maduro juicio de Robert Edmont Jones, uno de los «artistas en el teatro» de primera fila, quien dice de los actores: «La única ambición del diseñador debe ser la de afirmar y ennoblecer estos protagonistas místicos».

Aceptando, pues, la obra y el actor como cosas ya dadas, ¿en qué forma «el artista en el teatro» puede mejor servir a estos protagonistas místicos? ¿Cuáles son las cosas de primera, segunda y tercera importancia? La lógica presenta una respuesta. Lo de mayor importancia para el actor es lo que está más cerca de él, lo que más íntimamente puede llamar de su propiedad, lo más personal, su indumentaria; esto va con él, recibe la misma luz que a él le ilumina, es parte de sí mismo y está perpetuamente bajo la observación. Síguese de aquí que la primera y más absorbente preocupación del diseñador debe ser la de las ropas, esforzándose en hacerlas tan psicológicamente correctas y apropiadas, de forma de crear instantáneamente para la vista, la misma clase de ilusión que el actor trata de construir con sus palabras, gestos y actitudes. La sombría capa de Hamlet le identifica ante el espectador antes de que el actor haya dicho la primera palabra; se ve desde luego que es una figura de fatalidad, un juguete del destino. Lo propio ocurre con el grande chambergo emplumado de Cyrano, que parece la cresta de un gallo listo para la pelea; estas son notas claves que indican la figura que representan y el tono de su carácter general.

Lo que sigue en importancia a las ropas del actor son las cosas que él tiene que manejar y usar, utensilios, ya sea el libro, la caja, la espada, el puñal que le acompañan en el desarro-

llo de la acción, y que en muchos casos constituyen el centro en torno del cual la acción toda evoluciona, como en el caso del «pañuelo de Amelia, manchado de fresas». Por esta razón estas cosas deben ser más cuidadosamente consideradas con lo que respecta a su diseño, tamaño y propiedad absoluta. Esto debe ser tan correcto, psicológicamente, como la indumentaria. Lo que sigue en la escala de importancia relativa es el mobiliario: alfombras, colgaduras, sillas, mesas, en fin, todas esas cosas con las que el actor ha de estar en contacto más o menos ocasionalmente. Luego, al pie de la escala, desde el punto de vista de lo más remotamente importante para el actor, es el mismo lugar de la acción. De éste nunca debiera pensarse sino como del medio ambiente o el fondo, porque en realidad esto es. Debiera formar, por así decirlo, el acompañamiento de la acción. El mérito de este acompañamiento es que en todos los casos está subordinado al canto y al cantor. Por canto y cantor léase la obra y el actor, y la relación del lugar de la acción con el drama y el actor está exactamente definida. El sitio de la acción debiera enriquecer la acción en el mismo sentido que el piano enriquece la voz; debiera ser tan «bueno» que pueda ser olvidado, o, para poner la cosa más exactamente, el lugar del desarrollo de la acción debe ser designado y definido como algo que permanezca siempre debajo de los actores y de la acción en la conciencia del espectador.

Pero esto solamente puede aplicarse al teatro como «El hogar del drama». Cuando se trata, teóricamente, al menos, de grandes obras y de grandes actores; ya sea en lo cómico, variedades operetas, etc., lo que antes se ha dicho no es precisamente aplicable, y aun pudiera ser, en algunos aspectos, revertido, porque es claro que un tema absurdo o inconsecuente, representado por actores de una inteligencia bi-dimensional, podría ser grandemente beneficiado por una presentación elaborada y que se imponga por su vistosidad, porque si la mente no está satisfecha, que lo esté cuando menos la vista. Por consiguiente, nuestra conclusión siguiente podría ser expresada en esta forma: el campo de la acción debe sumergirse en lo subconsciente, en la misma proporción de la intensidad y significación de la acción dramática.

Esto se dice fácilmente, pero no se lleva fácilmente a cabo. El Estudio de Arte de la Música Teatral de Moscow, en sus producciones de *Lysistrata* y *Carmencita y el Soldado*, empleó el sistema de hacer de la escena un andamiaje para los actores en donde ellos se producían con la mayor ventaja dramática posible tanto en la dimensión vertical como en la horizontal; luego, a medida que la escena se iba llenando de gentes, el escenario se hundía más y más en la insignificancia, y en ciertas crisis de la acción había en torno, «una nube de testigos» que eclipsaba el fondo pintado y construído, y que intensificaba el trabajo de las principales figuras de manera extraordinaria. Este recurso alternaba con otro de empleo más común; los grandes espacios del escenario y los demás detalles que podían perturbar se envolvían en obscuridad, en tanto que la acción se desarrollaba en un pozo de luz.

La luz es el agente más importante a las órdenes del «artista en el teatro» para obtener el equilibrio que busca, y para inducir una actitud psicológica apropiada. La mayor parte de las personas no tienen exacta idea de hasta qué punto son afectadas por las diferentes clases de luz, estimulantes, sedantes o recuperadoras. La intensidad, clase y color de la luz son factores muy poderosos, porque solamente pueden ser sentidos y no medidos. Es imposible representar una escena de comedia con efectividad duradera en una luz fría o escasa, porque el ánimo del auditorio estaría tan deprimido que sería muy difícil llegar al punto de alegría de la risa. Por otra parte, es aventurado y peligroso el representar una escena de violencia trágica en una luz llena y viva, porque si la cosa más pequeña sale mal, se puede provocar la hilaridad del público. Éste no sabe que es afectado por estos medios, y el que menos sabe que es talmente afectado es el actor. El actor mediocre, se imagina que es mejor servido por el «artista en el teatro» si todas las luces están encendidas y concentradas sobre él; le parece que todos los espectadores en todos los momentos deben mirarle hasta lo blanco de los ojos. No se da cuenta de que, a veces sería más efectivo el que permaneciese en la sombra, o que apareciera como una vaga silueta sobre un fondo claro; de esta manera se produce en el público una actitud favorable para recibir con mayor efectividad un parlamento o una acción. Un solo ejemplo de entre muchos puede poner de relieve la verdad de esto.

En el drama *Otelo* todas las cosas están encaminadas a la escena culminante de la muerte de Desdémona. En la producción arreglada por Walter Hampden, la escena se representa con

una sola luz fuera del escenario colocada en forma tal que la sombra terrible y gigantesca del asesino se proyecte, primero sobre el suelo, luego en las rojas cortinas del lecho. En un sentido muy literal el advinente acontecimiento proyecta su sombra ante sí y aumenta poderosamente la intensidad del momento crítico, y, aunque no puede decirse que el público realmente mira y se da cuenta de esta sombra, la *siente*, sin embargo, no como parte de la escena, sino como un poder de parte del actor.

En términos generales, sin embargo, tiene razón el actor en insistir en ser visto; la luz sobre su cara debe ser fuerte y natural y constante en color; de otra manera se amenguará el debido efecto. La mejor luz es la que más prontamente puede ser olvidada, a causa de su naturalidad, de la misma manera que nunca tenemos que preocuparnos de la forma en que nos ilumina la luz del sol. Hay, por supuesto, algunas obras a las cuales no es posible aplicar esto estrictamente, y en todas las obras hay situaciones de cuando en cuando, que demandan un efecto de luz determinado. Una escena de estas excepcionales es, por ejemplo, la que hay en la presentación que hace Arturo Hopkins de «Lanuzi», una obra de Molnar, de amor profano y sagrado y que ha diseñado Robert Edmond Jones. Su problema estaba en obtener una luz activa en un pasaje entre dos personas, sin destruir el efecto de una noche obscura y un negro río en el que una joven acababa de intentar suicidarse. Resolvió esto de manera muy natural e inteligente haciendo que la acción tuviera lugar en el radio de luz de los faros de un automóvil invisible cuya presencia se expresaba en los parlamentos de la obra.

El dominio y uso de la luz ha alcanzado un grado de desarrollo extraordinario en el teatro. Con una instalación apropiada es posible obtener luz de cualquier color o intensidad en cualquier parte; se pueden revelar o hacer desaparecer cosas por el simple contacto de un interruptor. Esto hace posible un arte de la escena de una nueva clase. Parece que por su mediación la escena pueda romper los límites de su marco de colores, de cuyos bordes los actores entran y salen como en una caja de muñecos. Con la luz, como con Dios, que ha sido el símbolo elegido en toda la literatura religiosa, puede decirse que «todas las cosas son posibles». La trama puede desarrollarse, no en dos dimensiones, sino en todas ellas sin ser restringida por ningunos límites; puede contemplarse, por decirlo así, como la contemplaría un espectador oculto en los recesos de la esfera mística, o como se contempla con la interna mirada de la mente. En verdad, con la ayuda de la luz el teatro puede ser la cuna de un arte nuevo de forma teatral, una síntesis de sonido, forma, color y movilidad, pero tan retirado como es posible de las cosas mecánicas de la industria del cinematógrafo, que contiene también en sí estos elementos.

Lo primordial en el arte del teatro le parece al que esto escribe tan obvio y axiomático, que no hubiera escrito el presente artículo si no fuera porque estos principios son tan a menudo violados o descuidados, y de ello sólo cabe inferir que son desconocidos y no se han comprendido.

EL RÍO DE LA VIDA

POR J. KRISNHAMURTI

Un río de corriente veloz que busca constantemente su camino para llegar más pronto a los abiertos mares, deja a menudo aguas estancadas que quedan allí durante un año, hasta que en la próxima temporada de lluvias las vuelve a arrastrar en su corriente. La vida es para mí semejante a ese río, y sostengo que es más rápido y más fácil entrar en el mar de la liberación y de la felicidad nadando en la corriente principal que permaneciendo en las aguas estancadas de las orillas, en donde no hay vida y podéis formar creencias, celebrar ritos y hacer muchas cosas que son innecesarias para el progreso humano.

La palabra progreso suena desagradablemente para muchos porque tiene ciertas obligaciones y requerimientos que atan. El hombre que captura un animal de la selva y lo pone en una jaula puede pensar que domesticándolo lo ha traído mucho más cerca del progreso. Pero lo que ha hecho solamente es aprisionarlo en una jaula. El diccionario define el progreso como «marchar hacia adelante», pero sin el conocimiento de vuestra meta es fútil el marchar hacia adelante. Sin un propósito de la vida el hombre es semejante al animal salvaje aprisionado en una jaula. En lugar de pretender libertarse de esa jaula, se pone a decorar sus barrotes.

La mayoría de las gentes por un proceso de indiferencia y de negligencia arrojan de sus mentes el dolor y el sufrimiento del mundo. Edifican en su derredor muros que les den la protección y comodidad del estancamiento. Porque viven en un estrecho círculo su actitud de mente y de corazón es limitada, y con esta limitación juzgan todas las cosas; se crean para sí mismos jaulas de religiones, credos y dogmas. En lugar de desear escapar hacia el aire abierto y a la libertad, permanecen en sus estrechas jaulas y adornan sus barrotes en vez de abatirlos y destrozarlos. Pero, sin libertad, no puede existir la verdadera felicidad.

Si queréis nadar en la rápida corriente, no atéis la vida a las creencias, sino más bien dominadlas por la razón. Cuando formáis credos para vivir noblemente, la vida se os hace complicada, porque entonces tendréis que obedecer ciertas leyes, ejecutar ciertos ritos, adorar dioses y obedecer sus dictados. Por ejemplo, creéis que hay un Nirvana o un cielo, y con el fin de entrar allí debéis hacer o dejar de hacer ciertas cosas. Tenéis una creencia en algo de lo que nada sabéis, y fundamentáis vuestros actos sobre esta creencia. Mientras que si vivís noblemente, crearéis, de manera inevitable, un cielo. La vida es más importante que las creencias. La realización de la vida, más importante que el desenvolvimiento de dogmas y teorías.

Todo el mundo desea la felicidad—la felicidad en su sentido verdadero, la que no depende de autoridad alguna, sea ésta de dioses o de escrituras sagradas—, pero en vez de buscarla directamente dan mayor importancia a las creencias y por ello se extravían; y quedan retenidos en algún

templo a la vera del camino. Imaginad que necesitáis trepar a la cima de una montaña; en el camino se encuentran muchos albergues y en cada uno hay un dios particular que demanda vuestra obediencia. Sus intérpretes quieren que celebréis este rito, que sigáis esta senda de superstición. Por alguna buena fortuna o por vuestro propio sufrimiento os véis forzados a salir de un santuario al aire libre, pero sólo es para precipitaros dentro de otro. Y así seguís, porque sujetáis la vida a las creencias. Pero si sujetáis la vida a la razón y a la comprensión, encontraréis la libertad.

Yo siempre he querido la libertad. Siempre he estado descontento con los dogmas, sistemas y credos. Y vi que eran muy pocos los que habiéndose libertado de estas ligaduras y encontrado la liberación en sí mismos fueran dando de esa liberación a los demás. En una espesa floresta podéis observar cómo una pequeña planta se esfuerza en crecer; pero los grandes árboles arrojan sombra sobre ella y la privan del sol y del aire. Como se esfuerza esa plantita por crecer, así debe cada uno hacer sus propios esfuerzos para lograr la liberación. Así como la semilla que está dentro de la tierra y es forzada por la vida que está en su interior a romper el pesado suelo y a mirar la luz, si cada uno se siente impelido por su deseo a alcanzar la libertad, romperá las limitaciones aprisionadoras.

La mayoría de las gentes se meten en las sociedades y religiones para usarlas como clavijas en donde colgar sus problemas no resueltos; pero la liberación es obtenida mirando a la vida cara a cara, no evadiéndola. Los hombres se sacrifican por una idea, porque no son dueños de ella. ¿De qué sirve una idea si no conduce a la libertad y a una mayor comprensión de la vida? La vida puede ser limitada por las ideas como lo ha sido por la moral. La vida fluye constantemente hacia adelante y la moral está siempre estacionaria. La moralidad debiera cambiar constantemente si ha de marchar de acuerdo con la vida, y nosotros, lejos de eso, aplicamos la moral de hace miles de años a los problemas actuales y con ello creamos nuestras dificultades. Seguimos las tradiciones de los siglos pasados en vez de crear nuevas tradiciones todos los días, tradiciones con las cuales debiéramos intentar dar solución a nuestros problemas de la vida.

Quiero hacer libres a todos los hombres, porque he encontrado la libertad, pero si doy instrucciones para alcanzar la libertad, éstas, serían solamente aplicables a una generación. Si estableciese reglas para que los hombres se condujesen, éstas también serían una limitación. Ejercitáos por la observación. Esta es la forma más sencilla. Todas las otras formas son complicadas.

Si miro las gentes conquistadas y esclavizadas por una idea, aprendo, por observación, que sus ideas no les dan la felicidad, sino que sólo destruyen la vida. Aprended a observar la vida y nunca estaréis limitados. Es una locura moderna el juntarse en sociedades, organizaciones o movimientos de tal o cual denominación para ayudar a las gentes a progresar. ¿Progresar hacia dónde? No hay más que una meta para todos, que es la liberación y la felicidad. Y si el hombre tiene el propósito fijo de obtener esa meta, ésta se convertirá en la fuente única de su inspiración.

La felicidad nunca os vendrá desde el exterior, debe nacer en vuestro interior. Podéis hacer una rosa falsa de papel, pero ésta es artificial y no tiene fragancia. No podréis crear la rosa verdadera, debe nacer del esfuerzo de la tierra. Después de muchas estaciones de viento y lluvia y duros esfuerzos nace una rosa. Así también la verdadera felicidad debe nacer del interior.

La mayoría de los hombres están limitados por sus afectos, sus deseos, sus ambiciones, sus tradiciones; obedeciendo a estas cosas no hay libertad. Los que viven bajo la sombra de la autoridad nunca verán el libre firmamento ni las brillantes estrellas, nunca gozarán de la fresca brisa de los cielos.

Yo he alcanzado los cielos despejados de la libertad, para no volverme nunca más a encerrar en estrechas limitaciones. Quisiera impeler a otros también para que alcanzasen esta libertad, pero cada uno debe hallar su propio camino, que es el camino directo de la comprensión. Los hombres pueden buscar la felicidad en muchos senderos, pero al final la vida les forzará a volver al verdadero sendero, que es el de la comprensión, y ése reside en el interior de cada uno.

TÚ ERES EL AMOR

Cuando camino bajo las estrellas por la noche y el mundo está sosegado, sé lo que es el amor.

Cuando miro el azul amanecer, sé lo que es el amor.

Las estrellas y la aurora me lo han dicho. El día corre ligero con sus sandalias de plata. No se detendrá a susurrar el secreto. Me está mirando con sus ojos sabios y azules y me dice: «¿Puedes sufrir y hacerte fuerte, permanecer firme, vivir amando en todos y cada uno de los minutos del día?»

¡Ay, si yo no amo todo me fallará! Si yo no amo, no tendré dicha. Podré dar y recibir, podré tal vez estar ayudando a la realización del gran plan, pero soy impotente si no sé amar. Pero si amo seré divino, estaré cumpliendo mi destino, y así en el silencio o en la calle llena de tráfico en la feliz compañía de otros, o en la soledad y en el dolor, esta será mi plegaria: *«¡Oh, Dios, permíteme saber qué cosa es el amor!»*

Si llego a tener el amor en su plenitud lo tendré todo...

Habré tocado las eternidades; los cielos se habrán abierto; habré visto la columna de fuego, tocado la luz del cosmos, tendré en mi mano las estrellas, me envolveré en inefable esplendor; el tiempo no existe y tampoco existe el espacio. El amor ha abierto la puerta de la negra muralla. Ya estoy en la amplitud, respirando el aire fresco. Ya soy la esencia de las flores, las alas del ave, la voz que dice la palabra sin sonidos. Ya soy.

Tengo la sabiduría que no puede ser empañada por la duda. Sé que soy la vida y no la forma. Las pequeñeces se han desvanecido, han quedado atrás. Yo sigo adelante sin ellas. Soy aquel ciudadano de la Roma en la que Cristo era un romano. Soy todo lo que ha existido y lo que existirá. Soy el crepúsculo y la obscuridad que le sigue. Soy el barco que va sobre los mares. Soy la Divinidad que se está expresando en una forma. Soy el huésped de oro en el corazón. Estoy consciente de impregnabilidad, seguro, atrincherado, soy el guardián del yo, el custodio, el guardador de las llaves de la Vida. Soy el Maestro.

¡Oh, pequeño yo que tanteas en las sombras, que te hundes en el sol, ve más allá de la forma, encuentra lo real! Conviértete en el Yo. Tú eres la golondrina obscura volando sobre las aguas plateadas; tú eres esas aguas; eres las estrellas que flotan como lirios en la obscura urna de los cielos, eres el atardecer y la sombra que le sigue.

Eres la eternidad.
Eres Dios.
Dios es amor.
¡SÉ!

Mae Van Norman Long

SECCIÓN NACIONAL

(COLABORACIÓN)

Suele oirse con mucha frecuencia por todas partes, y en boca de cuantos han sentido alguna vez en su vida el ansia de resolver los problemas espirituales, aquella frase tan socorrida que reza así: «Yo no he podido hallar satisfacción, ni consuelo, ni placer, ni tranquilidad, ni una verdadera comprensión de la vida y del mundo hasta tanto no he tenido la suerte de conocer esta filosofía, esta religión o este ideal particular con que ahora comulgo.»

Con toda seguridad, vosotros también habréis oído decir esto muchas veces. Pues, bien. A mi modo de ver, cada vez que soltamos esta exclamación no hacemos más que poner un epitafio, un escarnio encima de los ideales que decimos profesar, por confundir lamentablemente los medios con el fin que debemos perseguir.

Porque el objeto de la vida no consiste meramente en que tengamos la comprensión más o menos clara y exacta de la verdad, de la meta y del ideal de perfeccionamiento humano; el objeto de la vida consiste, ante todo y por encima de todo, en que vivamos intensamente, siguiendo cualquiera de los múltiples caminos que llevan a un mismo fin. El objeto de la vida, si realmente es comprendido, no puede allegarnos aquella comodidad ni aquella tranquilidad de que alardean cuantos se detienen en medio de su camino para contemplar el lento desarrollo y transcurso del tiempo que pasa.

No es suficiente la comprensión o la supuesta comprensión de la verdad para tener recorrido el camino de la experiencia, como tampoco es suficiente haber nacido en tierras de católicos, de protestantes o musulmanes para conquistar un cómodo y placentero lugar al lado de nuestro Padre Celestial.

La comprensión de nuestros ideales y de nuestras verdades debe ir acompañada de su inmediata realización, y mientras ésta no llegue, no es posible que haya paz ni felicidad reales para nosotros.

Todo en la vida nos da el ejemplo de la necesidad de obrar, de trabajar, de vivir intensamente; todo nos demuestra que el progreso y la evolución constituyen las victorias alcanzadas por los adalides, por los idealistas abnegados de todas las épocas; todo nos demuestra que cuanto tenemos de bueno, de sabio y de bello lo debemos a esos que no se han detenido en su camino para contemplar la fascinante apariencia de la verdad a la luz de una filosofía o de una religión cualquiera, sino que han vivido y luchado solamente para penetrar en los arcanos de la naturaleza, conociendo sus leyes, y las que rigen el corazón del hombre, para legar a la humanidad el tesoro de sus conocimientos, de sus creaciones geniales y de sus amores infinitos.

En cambio, todo lo que tenemos de ruines, de ignorantes y de groseros, lo debemos a esa inmensa mayoría de rebaño que se solaza y se goza en la seguridad de poseer una verdad que no es tal, a esos que se cristalizan y se duermen placenteramente, dejando para mañana o para otras manos aquello que podemos y debemos de hacer hoy.

En la vida no hay reposo duradero; en la vida todo es acción, todo es labor y movimiento, y de nosotros depende única y exclusivamente el que

el tiempo y el espacio que llenamos con nuestras acciones sea aprovechado positivamente, con conciencia de nuestros deberes para con nosotros y para con el mundo.

La seguridad de que tarde o temprano hemos de alcanzar la meta, no puede ni debe consolarnos, porque cuando el dolor y el sufrimiento llaman a nuestras puertas no hay religión, ni filosofía alguna que sea capaz de aliviarnos ni consolarnos en nuestras aflicciones; en tales momentos sí que quisiéramos que el camino de las experiencias hubiese sido recorrido por completo. Mas, ¡ay!, en cuanto el dolor cesa, en cuanto la vida vuelve a antojársenos risueña, vuelve a renacer en nosotros el deseo de detener el transcurso del tiempo y el correr de los astros por el espacio, como el sol en las puertas de Jericó, para perpetuar aquellos momentos de nuestra existencia que contienen para nosotros el máximo de satisfacción de nuestras vanidades y de nuestras comodidades.

Para mí, estos idealistas que van por el mundo prorrumpiendo en aquella típica exclamación, se parecen en cierto modo al peregrino del desierto que, herido, maltrecho y sin montura, se arrastra por la arena ardiente buscando ávidamente una fuente o arroyo para apagar su sed. Cuando después de infinitas angustias y tormentos llega a divisar allá en lontananza la línea cimbreante de un bosque de palmeras, el peregrino multiplica las pocas energías que le quedan y llega por fin a la vista de un arroyo que se pierde en la misma arena. Y entonces, en el transporte de su delirio y de su contento, no tiene otra noción de lo que debe hacer, que quedarse contemplando extáticamente el manso correr de las aguas y los fulgores e irisaciones que de ella arranca el sol.

Eso mismo hacemos nosotros ante la visión de nuestras verdades y de nuestros ideales particulares. Buscamos ansiosamente la comprensión de la vida, y cuando creemos tenerla, nos quedamos extasiados contemplándola.

Dícese, y para mí es cierto, que todos los caminos llevan a Dios, y la gente, entendiendo esto al pie de la letra, se sienta al borde del camino, esperando que este camino la lleve a Dios, y no contenta aún con esto, se entretiene en blasfemar y en maldecir de los que pasan valiente y resueltamente por el camino, y en cobrar impuestos a cuantos van a sentarse a su vera para disfrutar de su mismo panorama y de su misma comodidad.

Es tan ardua, es tan difícil la conquista de la personalidad humana, que el hombre, aun sin osar renunciar al ideal final de su perfeccionamiento, halla un placer y un alivio en buscar subterfugios y excusas que justifiquen o disimulen su falta de valor para emprender la lucha resueltamente.

Sabemos perfectamente que hemos de recorrer el camino de la experiencia solos, completamente solos, sin guía ni apoyo de ninguna clase. Sabemos que esta tarea exige una preparación muy seria y una firmeza mental y espiritual poco comunes, y que ni el débil ni el apocado llegan a merecer el espaldarazo de la consagración. Sabemos que la meta del camino de la experiencia se halla más allá de todas las pasiones humanas y debemos contar entre éstas las pasiones malas y las buenas, expresándonos en términos convencionales, o sea los afectos, las virtudes, los sentimientos, las necesidades, y en fin, todo lo que nos impide movernos libremente, todo lo que nos es relativo, y por lo tanto, convencional.

Todos contemplamos a veces con cierta envidia a aquellos grandes seres que lograron cruzar el arroyo; pero cuando consideramos desde la acera de enfrente el lastre preciado y precioso que tuvieron que sacrificar, «sin dolor ni placer»; a lo que tuvieron que renunciar, las pruebas sin cuento y de todas clases que tuvieron que sufrir, entonces optamos por creer en la existencia de métodos, de sistemas o de procedimientos que pueden auxiliarnos y ayudarnos a vencer nuestra inferior naturaleza y entonces nos apoyamos en tal o cual filosofía o religión para convencernos a nosotros mismos de que podemos esperar.

Y, en realidad, no podemos esperar, porque cada vez que olvidamos o descuidamos un deber

con una nueva careta de comodidad, de satisfacción o de conveniencia, estamos creando nuestro propio tormento y nuestro propio desengaño, por cuanto todos los placeres y todos los goces que tienen por base a la personalidad humana, tienen por contraparte un sufrimiento, un dolor equivalente de aquella personalidad.

¿Para qué sirve, pues, esperar, engañarnos a nosotros mismos, si sabemos que el momento de la gran lucha ha de llegar irremisiblemente, y que es preferible luchar y vencer de una vez para siempre todos los obstáculos que nuestro egoísmo y nuestra ignorancia nos oponen, a dejar que se acumulen pruebas y penas sin cuento al dejar que la vida evolucione por sí sola en nosotros y poner obstáculos a su curso?

Podemos ayudar a la tarea de esta vida; tenemos el deber de hacerlo; estudiando sus manifestaciones y viendo cómo en su infinito amor por la grandiosa obra de la creación entera sólo busca libertar la conciencia cósmica llevándola a alturas más sublimes, más sutiles y de más bella expresión.

Cuando hacemos presa de la fuerza creadora de la vida con los ganglios opresores de nuestro egoísmo, no hacemos más que alzar fantasmas en forma de afectos por cosas transitorias y efímeras en el abismo sin fondo de nuestros corazones. Dejemos que el amor de la vida y por la vida rebose en nuestros corazones, dejemos que se salga de madre e inunde con su calor todo cuanto sea expresión de la misma vida.

Si llegamos a sentir el impulso irresistible de vivir la vida en todas partes donde se manifieste, no habrá pena ni mal ajeno que no tratemos de aliviar y socorrer, descorriendo ante los ojos del alma doliente el telón que oculta la realidad de la vida única que trasciende toda personalidad y toda limitación mezquina.

Entonces hallaremos en el servicio constante y abnegado un goce real y verdadero, un goce que no tiene fin, porque la vida, amigos míos, tampoco lo tiene.

Para terminar, permitidme repetir que ninguna religión, ningún ideal, ni ninguna filosofía sirven absolutamente para nada si no nos llevan a la realización práctica de sus verdades, si no nos llevan a servir al mundo en cuantas ocasiones se nos depare.

E. Fusalba.

¿QUÉ ES LA EDUCACIÓN?

La palabra educación es relativamente nueva. En el siglo XVI fué sinónima de «alimentación». Proviene del latín y fué importada por los sabios del Renacimiento.

Todas las definiciones de la educación son más o menos subjetivas: la felicidad, el bien, lo bello, son palabras abstractas que cada individuo expresa de acuerdo con su modo de mirar la vida, subjetivamente.

Nadie es del todo imparcial y difícilmente una conciencia se eleva por encima de las contingencias para colocar los intereses de la infancia y de las generaciones sucesivas más allá de los intereses individuales o de las ideas propias.

La educación varía con los pueblos, con las épocas y hasta con los sistemas religiosos y la moral individual.

Entre los latinos la felicidad consistía en que el individuo se sometiera al Estado. Los romanos, los persas, los espartanos querían soldados: la felicidad del Estado consistía en la educación que se encaminaba a la vida militar.

En Atenas exigíase la sutileza del espíritu, el perfeccionamiento armónico de la belleza del cuerpo para las delicias y goces de la vida; escuelas filosóficas: sofista, cínica, estoica, epicúrea, ecléctica, escéptica, etc.

El ideal de la educación se resume en la frase de Platón: «La educación física y la educación intelectual deben caminar paralelamente como dos caballos sujetos al mismo carro».

Antes, entre los hindús, el ideal era el misticismo religioso; la felicidad consistía en la renuncia de la vida terrena. Los sacrificios constituían una suerte de belleza moral y el individuo que se sujetaba a los mayores rigores, se consideraba feliz. Buddha predica la renuncia de sí mismo y enseña a Purna la abdicación de la propia personalidad.

Entre los israelitas el punto de vista era doméstico-religioso.

En la Edad Media el cuerpo fué despreciado como enemigo del alma, y el ideal de la Grecia pagana fué mutilado por los dogmas y pisoteada la higiene.

Entre nosotros, la felicidad, el bien, lo bello, también son sentidos de modo muy diverso. Dufrenne, en su *Cours de Pedagogie,* quiere que el educador respete en la criatura los derechos del hombre, y en este sentido, halla detestable la siguiente definición de la educación: «es el arte de hacer de las criaturas hombres honestos y buenos ciudadanos». Pues que si en el fondo hay principios universales y de todos los siglos, fórmulas que convienen a todo el mundo, por cuanto se trata de la propia evidencia, de la solidaridad humana, la concepción individual de la *honestidad* varía, el concepto del *bien* es personal y depende de la superioridad moral del individuo, y las conciencias se vuelven cada vez más elásticas a medida que las civilizaciones decaen...

Define así la educación: «la salvaguardia, en la criatura, de los derechos del hombre». Es una bella definición.

El mismo Dufrenne añade todavía: «No debemos intervenir en el desenvolvimiento del individuo y no debemos dar a ese desenvolvimiento una forma y una dirección determinadas. Puede que la educación imparcial en buena hora lo considere difícil; pero preciso es que se respete la individualidad para que el hombre futuro sepa ser libre y sepa respetar a los individuos y al librepensamiento. Que el maestro enseñe la ciencia y predique la verdad». «El más seguro fundamento de una sociedad justa y de una moral racional es la verdad». Respetar la individualidad del educando, tolerar y ser imparcial, incluso ante la religión, la política y la moral social, es decir, pre-

dicar la verdad (y esto es atacar la hipocresía y hacer dudar del dogma), tal es el medio educativo, tal es el papel del educador, que debe tener el «heroísmo del sabio», según frase del propio Dufrenne.

Según sean las concepciones religiosas y políticas, todavía varían los conceptos sobre la educación; el católico romano quiere la obediencia a la Iglesia, el respeto absoluto al dogma de la infalibilidad del Papa; exige la confesión auricular y la fe en las bienaventuranzas eternas, en el cielo, la creencia en las penas también eternas, etcétera, etc., y los sacerdotes son pastores de almas y quieren la dirección moral y espiritual de los fieles *para su salvación,* y en esta concepción la educación tiene por objetivo guiar a los niños en el temor de Dias y de la Iglesia Romana, haciéndoles respetar y aceptar los dogmas del romanismo y a los sacerdotes como representantes de Dios en la Tierra.

Para el protestante, es en la Biblia donde se halla la revelación divina y la verdad indiscutible. Para el positivista, sólo Comte, sólo la Religión de la Humanidad está en condiciones de solucionar la cuestión de la educación, y, por consiguiente, del bienestar social.

Las repúblicas predican el respeto a las instituciones y a las leyes, el culto de los símbolos nacionales, el amor y el respeto a los gobiernos constituídos, al orden social, etc., debiendo consistir la educación en la preparación física, intelectual y moral del individuo para los deberes patrióticos, de ciudadanos, para padres de familia que den otros defensores del territorio nacional, y para el respeto a las leyes y a las autoridades.

Y la corriente avasalladora del socialismo moderno, del comunismo y de la anarquía (la palabra *anarquía* no significa *desorden;* está formada por dos raíces griegas: *an*=privación y *arché*= gobierno, por lo cual, anarquía significa ausencia de gobierno, de autoridad, o sea, dirección sin gobierno) quiere la solidaridad, quiere el internacionalismo, quiere destruir los odios nacionalistas y jacobinos para evitar guerras entre los pueblos hermanos; no quiere reinos, ni gobiernos constituídos, ni autocracias, ni privilegios, ni castas o clases sociales, ni hidalguías, ni ociosidad, ni fuerza armada, por cuanto sus partidarios están convencidos de que el hombre no fué hecho para ser explotado por el propio hombre, ni las criaturas vinieron al mundo para que se despedazaran como animales feroces.

Y la educación, para el comunista, para el socialista radical y para el anarquista, tiene una acepción muy diferente de todos los demás sistemas educativos.

Así, entre nosotros mismos, dentro de esta civilización e individualmente, las definiciones de la educación se multiplican, subjetivamente, según los conceptos, los ideales filosóficos y religiosos, patrióticos, políticos y sociales.

Sin embargo, ¿cuál debe ser el objetivo de la educación? Debe necesariamente descansar siempre sobre una misma base; en preceptos que convengan a todos los pueblos y a todas las sociedades. Cualquiera que sea la clase social a que pertenezca el individuo, éste necesita aprender a amar a la Naturaleza, a respetar a los demás individuos, a sólo decir la verdad, a reprimir pasiones groseras, a cultivar sentimientos nobles, a vislumbrar preceptos morales que habrán de actualizarse en una sociedad futura, siempre me or que la presente; necesita no explotar al prójimo, ser útil, solidario con los otros hombres, ser una fuente de amor, de heroísmo, de abnegación, de paciencia en lugar de respirar irritabilidad y mal humor y odio; necesita nutrir dentro de su alma un noble ideal de equidad, en lugar de constituirse en fuente perenne de egoísmo individual.

Educación física, preceptos higiénicos para la conservación de la salud y para la perpetuación de la belleza física; desenvolvimiento intelectual y moral con objeto de ampliar las concepciones y los ideales, abarcando, en un ilimitado punto de vista, la belleza y la majestad de la Verdad, de la Justicia, del Amor hacia todos los seres... he aquí el ideal de la nueva educación.

Sean cuales sean los ideales políticos y religiosos del futuro, el individuo así educado representaría de una manera digna en la sociedad el papel que le hubiera sido reservado.

Todo evoluciona.

Ese o aquel sistema político, esa o aquella religión no pueden usufructuar el monopolio de la verdad; es dentro de nosotros mismos donde la verdad existe, porque ella es una, inmutable como la esencia íntima de nuestra conciencia.

Las religiones se transforman, desaparecen; los sistemas de gobierno se sustituyen; los hombres ceden su lugar a otros hombres; los sistemas filosóficos se multiplican, pero los preceptos de la moral natural o del derecho humano, los deberes de los padres de familia, las leyes de amor al

prójimo, de respeto a los hombres, de tolerancia recíproca, de hospitalidad, de benevolencia, de amparo a los débiles, de solidaridad humana, de socorro a los ancianos, de asistencia a los enfermos, etc., etc., fueron y serán siempre los mismos a través de la historia de las civilizaciones.

Así, pues, «el secreto del problema educativo consiste en recoger, en medio del progreso de la Historia, los principios que constituyen la evolución de la cultura y aplicarlos en la vida de un pueblo para la realización de más altas mejoras y beneficios».

Charbonneau dice que la educación «tiene por fin formar al hombre en la criatura desde el triple punto de vista de su naturaleza física, intelectual y moral».

Chasteau la define así: «el conjunto de medios que se emplean para perfeccionar a un ser, relativamente a sus fines naturales».

Spencer halla que «el fin de la educación es el desenvolvimiento del individuo en toda la perfección de que es susceptible».

«La educación es el arte de hacer pasar lo consciente al inconsciente», dice Gustavo Le Bon.

Para ese resultado sería necesario crear asociaciones conscientes, activas, que, por medio del hábito, se volvieran inconscientes, pasivas, subliminales.

Cuando lo inconsciente o subconsciente operara más tarde, esas acciones serían, por así decir, mecánicas, reflejas. Hasta en la adquisición de la moral el mecanismo es el mismo: «La moral no se halla seriamente constituída mientras no se hace inconsciente. Solamente entonces podrá servir de guía en la vida.» Gustavo Le Bon basaba su definición en el papel importantísimo que la psicología moderna cede al dominio del inconsciente, del subliminal.

«La educación tiene por fin dar al estudiante la voluntad y los medios de llegar a la perfección que un día será capaz de alcanzar», dice madame Necker de Saussure. «La Pedagogía moderna considera la cultura de la iniciativa como el objeto principal de la educación», dice P. Mendousse.

Pestalozzi por su parte dice: «la enseñanza didáctica de la moral es inútil e infecunda; lo que se requiere es que se susciten actos morales de los cuales resulte, poco a poco, la conciencia de las inclinaciones correspondientes». Em Stanz confesaba: «no enseñé ni la moral ni la religión; esforcéme por despertar el sentimiento de cada virtud antes de pronunciar su nombre». «*Es la vida la que educa*», repetía muchas veces.

«La educación tiene por fin dar al cuerpo y al alma toda la belleza y toda la perfección de que son susceptibles.»

James Mill, como Kant, quería que la educación tuviese por objeto perfeccionar al individuo, no para la sociedad presente, mas con vistas a una sociedad mejor; no para el estado actual, mas para el estado futuro, y dice: «La educación tiene por fin hacer del individuo un instrumento de felicidad para sí y para los demás».

Compayré halla incompleta la definición y dice: «La educación es el conjunto de esfuerzos reflejos por los cuales ayudamos a la naturaleza en el desenvolvimiento de las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre, con vistas a su perfección, a su felicidad y a su destino social».

Binet expresa toda la grandeza de su punto de vista en los siguientes conceptos: «creo que la determinación de las aptitudes de los niños es el más importante objetivo de la enseñanza y de la educación; es según sus aptitudes como debemos instruirles y también dirigirlos hacia una profesión. La Pedagogía debe tener como preliminar un estudio de psicología individual». Y más adelante dice: «Para que una educación sea juzgada buena es preciso, no solamente que aumente el rendimiento del individuo en particular, sino que también pueda beneficiarse la colectividad con ese aumento».

Montessori es revolucionaria en cuestión de educación; quiere que se empiece por la transformación del ambiente escolar, por la reeducación de los maestros, por la sustitución de los métodos. Y dice: «... también la Pedagogía, como ya lo hizo la Medicina, tiende a salir del campo puramente especulativo para fundar sus bases sobre indagaciones positivas de la experiencia». Basa sus estudios en los admirables trabajos de Giuseppe Sergi y, para la renovación deseada, quiere «*el estudio metódico del educando, conducido bajo la guía de la antropologia pedagógica y de la psicología experimental*».

Quiere la notable educadora al maestro con el espíritu de hombre de ciencia, no al «manipulador de instrumentos», y sin «el religioso de la naturaleza», el cual «aprenderá de hecho con el propio niño, los medios y el camino para su adecuada educación; esto es, aprenderá con el niño a perfeccionarse como educador».

«Es necesario que la escuela *permita las libres manifestaciones naturales del niño* para que nazca la Pedagogía científica; esta es su reforma esencial.»

«No debemos, pues, partir, por ejemplo, de la idea dogmática sobre la psicología infantil, sino de una metódica que nos permita respetar la libertad del niño para obtener a través de sus manifestaciones espontáneas la verdadera psicología infantil.»

Iríamos muy lejos si tratásemos de continuar recopilando ideas admirables de esta mujer de ciencia asombrosa y humana.

Queremos, ahora, llegar a la siguiente conclusión: la Pedagogía científica moderna es una avalancha destructora de todos los procesos empíricos, antiguos y en uso, hasta hoy, en las escuelas de todos los países.

Binet, Claparède, Montessori, Weber, Fechner, Wundt y tantos otros, revolucionarán el ambiente escolar, demostrando que la educación salta mucho más allá del estrecho concepto en que se la tenía; entra en el dominio de la más alta cuestión social e interpenétrase con el concepto de la libertad y de la solidaridad humanas, de la belleza física y de la perfección a que puedan llegar la sociedad y los individuos no vinculados a sistemas, ni limitados por las escuelas filosóficas, y, por lo tanto, libres de conciencia para mejor poder sacrificarse en pro del bienestar social.

María L. de Moura.

PENSAMIENTOS DE GOETHE

¿Cómo podemos aprender a conocernos? Nunca por la reflexión, más por la acción. Procura cumplir con tu deber y sabrás lo que hay en tí.

* * *

Todo aquello que liberta nuestro espíritu sin aumentar nuestro dominio sobre nosotros mismos es pernicioso.

* * *

Si queréis que me interese la opinión ajena, menester será que me sea expuesta en forma afirmativa; en cuanto a problemas, ya tengo bastante con los míos.

* * *

A la imaginación sólo el arte (y especialmente la poesía) puede regirla. No hay nada más temible que la imaginación sin gusto.

* * *

Una visión igualmente fuerte de lo interno y de lo externo es cosa muy rara.

* * *

En la contemplación lo mismo que en la acción, es preciso saber distinguir entre lo accesible y lo inaccesible; sin esta distinción no se llega nunca a nada bueno, ni en la una ni en la otra.

* * *

Cuando el hombre se pone a reflexionar sobre su físico o sobre su moral, casi siempre se encuentra enfermo.

ERRATA.—En el número anterior se publicó un artículo con el título: «Una conversación con J. Krishnamurti para la Prensa sudamericana». Por la lectura de dicho artículo habrán comprendido los lectores que debiera haber dicho: «..... para la Prensa sudafricana».

SECCIÓN EDITORIAL

Hojeando mi correspondencia me he encontrado con escritos y fragmentos de cartas cuya espontaneidad y sencillez encuentro muy de acuerdo con la nueva manifestación de la vida. Hay expresiones que fluyen del corazón como la fuente brota de la tierra, sin artificio. Estas expresiones quiero darlas a mis lectores como a mí se me han dado por sus autores con cariño y confianza de amistad verdadera. Nunca pensaron mis corresponsales amistosos que sus frases expresivas y hechas sólo para mi corazón un tanto maternal, irían en letras de molde por todas partes, a los países en donde se habla el español; por eso las han hecho tan sencillas y acaso también tan llenas de íntima sinceridad.

Al compartir con los lectores de la Revista La Estrella *estas para mí queridas manifestaciones, quiero esparcir aromas de amistad y camaradería que nos junten más a todos los que convivimos en el más grande ideal de la humanidad, el de buscar la felicidad por la liberación y el amor.*

Leed:

«Cruzamos buena parte de la provincia de Gerona, llena de montañas hermosísimas y abundante vegetación, por la noche me fijé en la primera estrella; todavía estábamos entre montañas y pensé que así serían las de los trópicos por su fortísimo brillo como una gota de fuego descendiendo constantemente del firmamento hacia la tierra.

Quedamos sorprendidos de aquellos parajes y prometimos volver, uno irá a pintar, otro a sacar fotografías, yo iré a meditar y a escribir. Habría de agradarte estar aquí; esto es una constante sinfonía de la naturaleza.

Materialmente me cansé un poco; en cambio refresqué el ánimo con semejante espectáculo y llené de oxígeno mis pulmones.

Pensé mucho en mi ideal, examiné comparando la inmensa belleza del mensaje con la belleza infinita de las montañas solitarias y llenas de bosques; pensé mucho, mucho, mucho en todo; recordé a Krishnamurti cuando nos platicaba en el salón del castillo de Eerde y traté de descubrir la inmensa realidad; me parecieron indicios de su advenimiento los movimientos acaecidos en los últimos cincuenta años.

El mensaje, el Señor, las montañas, la obscura y espesa vegetación, el continuo saltar de las aguas; y yo me moría sintiendo el amor de todas las cosas y haciendo toda cosa humana natural y virgen, como sentía la naturaleza; idealizaba las cosas de mi vida a tenor del soberbio espectáculo y me esforcé en dar a todas las cosas, a mis amores e ideales, la naturalidad y belleza de los campos, el poder sublime de las montañas y esta infinita sabiduría de la vida que corre, salta y brota de todas las cosas dejando la fragancia de su amor virgen, incontaminado y en eterna creación.

Hay un famoso canto popular que dice, refiriéndose a este sitio donde estuvimos:

El Señor pasó por aquí en primavera
y a su paso cantaban las cosas
y cantaban los astros y el cielo
canta, canta que te cantarás.

Agentes de LA ESTRELLA

ESPAÑA

ALCAZAR DE SAN JUAN.	D. Rosendo Navarro, Semanario «Crispín».
ALCOY.	
ALICANTE . . .	D. Emilio Reig, Plaza de Isabel II (Librería).
ALMANSA . . .	D. Enrique Martínez Saus, Aniceto Coloma, 97.
ASTURIAS . . .	D. Rafael Velasco, Villahormes, Llanes.
BARCELONA . .	Doña Pepita Camprodón de Villard, Diputación, 168, 3.°, 2.ª.
BILBAO	D. Ricardo G. Gorriarán, Conde de Mirasol, 5 (Librería).
CADIZ	D. Jacinto Anaya Casto. Sagasta, 35.
CARCABUEY . .	D. Juan Arrebola, Primo de Rivera, 22.
CARCAGENTE . .	D. Leandro Getino, Estación Férrea.
CATALUÑA . . .	Agente general, D. Saturnino Torra, Castillejos, 253.
CORDOBA. . . .	D. Rogelio Luque, Diego León, 8 (Librería).
FRAILES (Jaén) . .	D. Antonio Castro, San Antonio, 9.
HUELVA	D. Gregorio Lozana, Bailén, 35, pral.
IBI (Alicante). . . .	D. Julián Piñango, Apartado de Correos «El Alcait».
IGUALADA . . .	D. Francisco Girbau Prats, Carmen Verdaguer, 6.
ISLAS BALEARES.	Medinas y Gelabert, kiosco de periódicos, Plaza del Olivar.—Palma de Mallorca.
JAÉN	Agente general: D. Juan Zamora.—Torres de Albanchez.
JATIVA.	D. Samuel Sanchis, Portal de Valencia, 17.
LA LINEA (Cádiz).	D. Juan Benavente, Méndez Núñez, 1.
MADRID.	Doña María Rebeca Olano, Leganitos, 48.
MALAGA	D. Ricardo García de la Torre, Plaza de la Arriola, 20.
MANRESA . . .	D. José Saumell, Santa Clara, 21, 4.°, 1.ª.
MATARO	D. Rafael Cisneros, San Rafael, 31 (Relojería).
MORUN DE LA FRONTERA (Sevilla).	D. Manuel Olmedo, Calzadilla, 4.
MELILLA	Doña Carmen Sierra de Almeida, Prim, 10.
NERVA (Huelva). .	D. Luciano González, El Callao, 3.
SABADELL . . .	D. Juan Mas y Roca, Argüelles, 82.
TARRAGONA . .	D. Francisco Menasanch, Conde de Rius, 12.
TARRASA. . . .	Doña Carmen Bendranas, San Isidro, 79.
TOLEDO.	D. Fernando Molina, Sillería, 20.
VALENCIA . . .	D. Marcos Martínez, Plaza Pellicer, 8, bajo.

Agente Viajero: Don Salvador Sendra

REPÚBLICA MEXICANA

CIUDAD DE MÉXICO: D. F. Don Manuel Martiarena, Calle de Ocampo, 3
CIUDAD DE MERIDA. YUCATAN: Sra. D.ª Emilia Sales de Escalante, Calle 64, número 576.

Se ruega atentamente a todos los señores Agentes se sirvan comunicar a esta Administración inmediatamente que reciban el envío de la Revista.

Se les suplica igualmente se sirvan hacer sus liquidaciones de venta de ejemplares y suscripciones mensualmente.

Se solicitan Agentes en las poblaciones de España no mencionadas en esta página. Escríbase pidiendo detalles a la Editora, Sierpes, 78, Sevilla.

Se encarece a los Agentes que envíen sus pagos directamente al Tesorero, Don Máximo Maestre, Cava Alta, 11, bajo, Madrid, y la especificación de ellos a la Editora.